

El éxito en la escasez. La defensa de Cartagena de Indias en 1741

Success in scarcity. The defense of Cartagena de Indias in 1741

José Manuel Serrano Álvarez
Universidad de Antioquia (Colombia)
Departamento de Historia
<http://orcid.org/0000-0002-1935-9561>
jmserranoalvarez@gmail.com

Recibido: 10-06-2016; Revisado: 31-08-2016; Aceptado: 14-10-2016

Resumen

Este artículo analiza los distintos factores que intervinieron en la defensa de Cartagena de Indias en 1741 y que tuvieron como característica común la escasez y limitación de medios. Se estudian los elementos navales, fortificaciones, suministros y decisiones estratégicas que tuvieron relación directa con el ataque inglés a esta ciudad española, y que culminó con un resonante éxito para España.

Palabras clave: Cartagena de Indias, Blas de Lezo, Edward Vernon, Guerra del Asiento, Guerra de la Oreja de Jenkins, suministros, fortificaciones.

Abstract

This article analyses the various factors involved in the defence of Cartagena de Indias in 1741, and the relationship between them. The main feature was a lack of defensive resources. The article looks at naval elements, fortifications, supplies and strategic decisions that were directly related to the English attack against this Spanish city, culminating in a resounding success for Spain.

Keywords: Cartagena de Indias, Blas de Lezo, Edward Vernon, War of Jenkins' Ear, Supplies, Fortifications.

The Cambridge Modern History, en su edición de 1909 (volumen III) dedica un capítulo íntegro a los sucesos de la Gran Armada de 1588, así como a sus causas y consecuencias, desplegando por casi un centenar de páginas el extraordinario

mérito de lo que la historiografía británica denominó derrota (*defeat*) de la *invencible*. En cambio, si nos desplazamos hasta el volumen VI nos encontraremos con que el fracaso (¿esta vez no fue *defeat*?) de Vernon ante Cartagena de Indias en 1741 solo merece unas someras líneas sin ningún otro alarde. *The New Cambridge Modern History*, ya de los años 60's, despliega un poco más de aparataje profesional historiográfico, aunque sin disipar las dudas respecto del enfoque de uno y otro evento. Estas marcadas diferencias en el tratamiento de sucesos militares por parte de la historiografía inglesa no debería ser una sorpresa, porque se enmarcan dentro de una tradición cultural muy arraigada en las islas, y de la que sus principales baluartes han sido los historiadores (STRADING, 1990: 7-20).

Tampoco debería extrañarnos demasiado. Ya en el siglo XVIII el propio almirante Vernon, el mismo que había sido derrotado ante las murallas de Cartagena perdiendo miles de hombres y varias decenas de buques, era aclamado en Inglaterra como un héroe a su regreso en 1743. Dentro y fuera del Parlamento las loas fueron constantes, e incluso se le compusieron poemas y alabanzas. Sin duda, Vernon representaba ya en la misma época parte de la identidad nacional británica (PECKHAM, 2015: 37-53) construida sobre las bases de un mito –y un fracaso–.

Lo que resulta verdaderamente paradójico es la actitud de la historiografía española. La derrota de 1741 está considerada una de las más importantes de la historia militar británica, equiparable al famoso fracaso de La Armada en 1588. Tanto por la ambición de los objetivos no logrados, como por el empleo de fuerzas, daños y víctimas mortales, la empresa inglesa contra Cartagena representa un auténtico hito para la historia militar española y uno de los puntos más bajos de la aparentemente incólume historia bélica inglesa.

Sin embargo, aún está por escribirse una monografía académica sobre la defensa de Cartagena de Indias en 1741, y no solo porque el acontecimiento fue de gran significación militar e histórica, sino porque además las fuentes (tanto españolas como inglesas) son muy abundantes y, en general, poco usadas, al menos, críticamente. Realizar una investigación historiográfica de este acontecimiento nos pone ante la evidencia de que, por parte de los historiadores españoles, ha recibido una atención muy secundaria, centrándose, casi exclusivamente, en la operación militar de asalto a Cartagena. Es difícil encontrar más de una veintena de referencias, la mayoría de las cuales son de los años 1960's-1970's, y escritas por militares que, si bien no dejan de ser interesantes e importantes contribuciones, no llegan a suponer un estudio de la magnitud que se merece.¹

Este artículo, que está muy lejos de aspirar a ser monográfico, pretende ser una contribución al estudio de los planes de defensa, organización y proyección militar que en su momento, y pese a la limitada escasez de medios, representaron fuerzas dinámicas capaces de derrotar a la impresionante expedición inglesa que apareció frente a las costas de Cartagena de Indias en el verano de 1741. En

¹ La última referencia historiográfica, que aspira a ser una monografía, es la del coronel Francisco Javier Membrillo Becerra, *La batalla de Cartagena de Indias*, Sevilla, Publidisa, 2011, que pese a ser un esfuerzo muy meritorio, está muy lejos de tener el tratamiento historiográfico y profesional que el tema requeriría.

ningún caso se analizará la operación militar de ataque propiamente dicha, sino la relación de fuerzas, instrumentos, logística, movilización y recursos de toda naturaleza, que desde el punto de vista español (y debido a su escasez o empleo limitado) hicieron aún más meritoria la victoria sobre el arrogante almirante inglés Vernon. Finalmente trata, esencial y significativamente, de la visión española de los hechos, porque no pretendemos realizar un análisis conjunto, global y completo que rebasaría tanto nuestro propósito como la limitación de todo artículo académico.

1. LOS ORÍGENES DEL CONFLICTO

Tras el tratado de Utrecht de 1713, que supuso la pérdida española de sus territorios europeos, Inglaterra obtuvo fuertes ventajas comerciales en la América hispana (*Asiento de Negros* y *Navío de Permiso*) que tensionaron las relaciones diplomáticas entre ambos países. Los británicos se mostraron recelosos en el cumplimiento de estas ventajas, y su actitud ante los españoles basculó desde la moderación a la agresividad; actitud ésta que no fue muy diferente (dadas las circunstancias) del lado español (OZANAM, 1985: 551 y ss).

La nueva monarquía borbónica instaurada en España bajo Felipe V comprendió que América iba a convertirse en el epicentro de las actividades diplomático-militares futuras (GONZÁLEZ, 2015: 101-104), y que las necesarias reformas debían escorarse hacia el mundo atlántico, el único capaz de seguir sustentando a España como potencia europea. La defensa de las Indias, y en su momento, una posición más agresiva para recuperar el honor mancillado en 1713, debían ser los ejes focales de su política militar evitando, en tanto fuera posible, un enfrentamiento bélico sin estar plenamente preparados.

El problema residía en la posición y actitud de los británicos, en especial del brazo articulador de esas ventajas: la *South Sea Company*. Esta compañía (depositaria de los derechos del asiento y el navío de permiso) utilizó su posición de fuerza y el apoyo del gobierno inglés para incentivar el contrabando ilegal en América, provocando la reacción española subsiguiente en forma de apresamientos de buques y detención de agentes ingleses gracias al incremento de las acciones de sus guardacostas. La extensión del contrabando fue generando crecientes pérdidas comerciales y financieras a España, especialmente importantes desde principios de la década de 1730 (NELSON, 1945: 64-65) que a su vez provocó el acercamiento diplomático entre Francia y España visualizado con la firma del *Primer Pacto de Familia* (1733), que emponzoñó las relaciones diplomáticas hispano-británicas hasta 1739 (TEMPERLEY, 1909: 203). No hay la menor duda de que fue el contrabando inglés, y la obcecación del gobierno británico en favorecer y defender los intereses de la *South Sea Company*, la causa principal de la nueva guerra (BROWN, 1926: 664-670).

Sin entrar de lleno en las tensiones diplomáticas que caracterizaron el período de 1730 a 1738,² lo cierto es que en el verano de 1738 se llegó al punto de no-

² Para este aspecto, véase OATES (2006), SMITH (1983), LYN (1978), HARDING (2010: 9-28), HENRETTA (1972: 166-219), BLACK (2007: 140-168), GIBBS (1962), LUCENA (1999), BETHENCOURT (1998), CERDÁ (2010) y OZANAM (1982).

retorno cuando el ministro inglés Walpole cedió a las presiones del Parlamento (dominado por los intereses de las compañías comerciales) y del ministro Newcastle (ambicioso y belicista), y decidió acceder a iniciar represalias contra los guardacostas españoles en el Caribe. En esta tesitura, la victoria política de la *South Sea Company* hizo inevitable la guerra pese a los denodados esfuerzos de paz del último momento (HILDNER, 1938: 334-341).

En previsión de los acontecimientos, las diferentes partes comenzaron sus movimientos tan pronto como el clima bélico iba *in crescendo*. Edward Vernon, futuro jefe de la expedición contra Cartagena de Indias, declaraba en julio de 1738 durante una conferencia en el Almirantazgo que, de estallar la guerra, un ataque contra el corazón español en el Caribe haría colapsar su comercio (TORRES, 1955: 13), fijando de este modo el objetivo estratégico general de la Royal Navy. El 30 de julio de 1739,³ el almirante Vernon recibía instrucciones de la mano del mismo Rey en la que se le instaba a destruir los puertos y buques españoles en las Indias Occidentales “por cualquier método” (ANÓNIMO, 1758: 142). Este hecho prueba las intenciones belicistas de los británicos incluso antes de que la guerra se hubiese oficializado. Finalmente, el inglés partió de Porstmouth el 3 de agosto en dirección a Jamaica, a donde arribó el 23 de octubre de 1739,⁴ uniéndose a los navíos del comodoro Charles Brown.⁵ El mismo día de la llegada de Vernon a la isla caribeña (23 de octubre de 1739), Inglaterra declaraba la guerra a España, noticia que fue seguida con la subsiguiente declaración de guerra de España el 1 de diciembre. El 5 de diciembre se comunicaba la situación bélica a todas las autoridades americanas.⁶ La suerte estaba echada.

2. LA DEFENSA NAVAL DE LAS INDIAS Y LA MOVILIZACIÓN DE RECURSOS

Pese a que los vientos de guerra eran patentés desde al menos 1736, el inicio de las hostilidades cogió a España totalmente por sorpresa, al menos en lo que a planes defensivos y estrategia general se refiere. Hasta ese momento, muy pocas iniciativas defensivas se habían tomado, la más importante de las cuales había sido el envío de Blas de Lezo a América.

En efecto, el 3 de febrero de 1737 el marino vasco partía desde Cádiz en dirección a Cartagena de Indias, puerto en el que entró el 7 de marzo junto con el nuevo Gobernador de la ciudad caribeña, el coronel Pedro José Fidalgo, así como con Melchor de Navarrete, recién nombrado teniente del Rey y comandante de la guarnición Fija de Cartagena (PÉREZ-PIQUERAS, 2015: 158). Con el grado de

3 Todas las fechas son del calendario Gregoriano (el actual), introducido en España en 1582. Las fuentes inglesas usan el calendario Juliano (que tiene 10 días de retraso respecto del Gregoriano), y no introdujeron el Gregoriano hasta 1752, por lo que hago sistemáticamente la conversión para unificar fechas respecto de la historiografía española y sus documentos.

4 Vernon llegó a Jamaica con los navíos *Burford* (70), *Worcester* (60), *Princess Louisa* (60), *Stafford* (60), *Norwich* (50), *Kent* (70), *Lenox* (70), *Elizabeth* (70) y *Pearl* (40). Entre paréntesis, siempre el número de cañones, (ANÓNIMO, 1758:143).

5 *Hampton Court* (70), *Windson* (60), *Dunkirk* (60) y *Falmouth* (50), más varias unidades menores.

6 Archivo General de Indias (=AGI), Santa Fe, leg. 572.

Teniente General de la Real Armada, la función principal de Lezo era el mando de los guardacostas, aunque en realidad debía encargarse, subrepticamente, de las defensas de la ciudad gracias a su dilatada trayectoria (GRACIA, 2012). Pero al margen de esta decisión, el gobierno español poco o nada había realizado para mejorar sus defensas en Indias a pesar de que las fricciones con los británicos eran permanentes, y era bastante conocida la actitud beligerante de su principal ministro Newcastle.

Por consiguiente, España iba a comenzar una guerra en unas condiciones operativas y defensivas pésimas, y con el factor naval claramente en su contra. Teniendo en cuenta que los destinos borbónicos como potencia se iban a dilucidar en América, la carencia de medios navales y las discrepancias en cuanto a su uso pusieron en grave riesgo la defensa de las Indias. Al margen de la Secretaría de Marina e Indias, en manos de José de la Quintana, los preparativos ofensivos y defensivos de tipo naval dependían del Almirantazgo, creado en 1737 a imagen del modelo inglés con vistas a dar mayor flexibilidad al componente naval. Sin embargo, el Almirantazgo se regía en realidad por una Junta Naval, compuesta cuando estalló el conflicto, por el marqués de Mari, Francisco Cornejo y Rodrigo de Torres, quienes tenían que establecer relaciones (siempre difíciles) con los titulares de la Secretaría de Estado (marqués de Villarias) y de la Secretaría de Guerra (duque de Montemar). Éste último mostró, como veremos, enormes reticencias a la hora de enviar fuerzas navales y refuerzos a las plazas americanas, justo en el momento en que el marqués de Ensenada (Secretario de la Junta Naval) indicaba agriamente que la guerra había estallado para la Armada “sin providencia para defenderse” (BAUDOT, 2014: 40-41).

En efecto, la Armada española representaba un factor de escaso peso operacional en el momento que más se la necesitaba. A causa de sus colonias americanas, la proyección naval debía suponer capacidad defensiva y ofensiva al mismo tiempo, posibilitando la transferencia de recursos con relativa rapidez, y modificando el equilibrio de fuerzas de cualquier escenario en poco tiempo. Sin embargo, España entró en guerra con apenas una treintena de navíos realmente operativos, es decir, un tercio del poderío naval inglés del momento, y sin ningún plan defensivo sobre la mesa. Aunque cuando se habla de la defensa de las Indias, normalmente se piensa en fortificaciones y guarniciones, no hay que olvidar que las principales potencias europeas lo eran gracias a su capacidad naval, que las proyectaba más allá de la metrópoli permitiéndoles mantener sus rutas de aprovisionamiento abiertas, su comercio activo, y la opción siempre presente de colapsar las rutas del enemigo con una adecuada cobertura naval, usualmente mediante el bloqueo (MAHAN, 2007: 325 y ss).

Cartagena de Indias, lo mismo que cualquier otra plaza fuerte americana portuaria, dependía del mar, no solo por su comercio, sino muy especialmente porque el mar era la primera línea de defensa natural. Uno de los factores menos analizados respecto de los eventos que desencadenaron el asalto inglés contra esta ciudad neogranadina, ha sido precisamente su componente naval. El ímprobo esfuerzo realizado por Patiño incrementando notablemente la Armada (OZANAM, 1985: 461) ni tuvo su fiel reflejo en Indias ni estaba enmarcado en una proyección

estratégica de la presencia naval española atlántica. Siendo la principal idea de Patiño la recuperación de los territorios italianos perdidos tras Utrecht, la utilización de la Armada quedó supeditada a los intereses dinásticos y no a la más importante protección de América y su tráfico mercantil. En este sentido, el escaso interés por las Indias desde el punto de vista naval pudo haber tenido trágicas consecuencias. En efecto, la Armada de Barlovento, creada en el siglo XVII, y cuya base principal era Cartagena de Indias, mostró un declive progresivo durante el XVIII y hacia 1736 era virtualmente inoperante (TORRES, 1981: 216). Por su parte, los guardacostas de Cartagena creados en 1722 no representaban, frente a una escuadra enemiga, ninguna defensa digna de mención (KAMEN, 2000: 223). Resulta paradójico que al iniciarse el conflicto España solo dispusiera de cuatro navíos en Cartagena de Indias y otros dos en La Habana, encontrándose el grueso de la Armada española en los puertos peninsulares, y todo ello pese a la creciente tensión en el Caribe desde 1736 al menos. Esta impericia en la previsión demostró la enorme dejadez y falta de planeación defensiva de las autoridades en Madrid, y permitió a los ingleses la iniciativa estratégica respecto de la movilización de fuerzas y desarrollo de planes ofensivos.

En el otoño de 1739 pareció sorprender la declaración de guerra de Inglaterra, pero lo más sorprendente fue la inacción del mando militar español. Con lentitud desesperante, la Junta del Almirantazgo se acabó reuniendo a finales de noviembre con la difícil pregunta de qué hacer, y tras recibir una Consulta del Consejo de Indias de 7 de diciembre, decidió no hacer nada, es decir, no enviar refuerzos navales a América (CERDÁ, 2010: 117). Pese a que José de la Quintana había recibido durante todo el verano de 1739 alarmantes noticias de Lezo desde Cartagena, la única determinación política que se había tomado era el nombramiento de un virrey para Nueva Granada (Sebastián de Eslava, 20 de agosto de 1739), otorgándole además, el mismo rango militar que Lezo (Teniente General), lo que acabaría generando incontables disputas entre ambos durante los momentos álgidos de la batalla (BERMÚDEZ, 1912: 15). Tras problemas con el apresto de los buques, el ínclito nuevo virrey partió de España el 18 de octubre de 1739, llegando a Puerto Rico el 16 de diciembre, y posteriormente tras una inacabable travesía, desembarcó en Cartagena el 21 de abril de 1740, dejando en puerto los dos navíos que lo transportaron (*Galicia* y *San Carlos*) que se unieron a los cuatro de Lezo.

Mientras tanto, las disputas políticas y de concepción defensiva seguían manteniéndose en la Junta del Almirantazgo. El duque de Montemar (al parecer, más monte que mar) impuso su visión continental de la defensa, y ante la desesperación de Rodrigo de Torres y los defensores de la acción naval, en diciembre de 1739 se decidió no enviar ni buques ni tropas a la América amenazada (CERDÁ, 2010: 118 y ss). La apresurada decisión de enviar un navío a Buenos Aires y aprestar otros 4 en Cádiz para su partida con azogues a América, debió parecerles una decisión salomónica ante las diferentes visiones del papel que iba a jugar América en este conflicto, pero contrastaba claramente con la actitud tomada por las demás potencias.

En efecto, mientras que en España uno de los factores decisivos a la hora de movilizar recursos y organizar una defensa eficaz era la escasez de dinero –que se agravó con la suspensión de pagos decretada por la Secretaría de Hacienda en marzo de 1739– (BAUDOT, 2014: 87), en Inglaterra ya habían previsto un plan de contingencia en caso de que sus colonias del norte de América dificultasen los pagos, y que incluía la opción de que se librasen con letras de cambio (HARDING, 2004:11). Al margen de la previsión financiera, la movilización ya se encontraba muy avanzada en el verano de 1739, y en octubre los británicos disponían perfectamente armados en Plymouth y Portsmouth de 26 navíos de guerra y 4 fragatas (RIVAS, 2008:129). Los planes ingleses basculaban entre las lógicas medidas de protección de las aguas territoriales y una decisiva acción en América donde ya se encontraba Vernon dispuesto a actuar.

El cambio de estrategia española se produjo, finalmente, a causa de malas noticias. El 2 de diciembre de 1739, justo un día después de la declaración oficial de guerra de España a Inglaterra y cuando aún la Junta Naval del Almirantazgo español debatía qué hacer, el almirante Vernon hacía rendir la ciudad de Portobelo en el istmo panameño.⁷ Blas de Lezo, atado de manos en Cartagena ante la falta de recursos y buques, solo pudo contentarse con retar a Vernon a hacer lo mismo en Cartagena. El 6 de diciembre –es decir, un día después de que desde España se informara a América que estaban en guerra–, el marino español notificaba a Quintana en España de la desagradable noticia de la conquista de Portobelo, haciendo modificar de esta manera drásticamente las opciones discutidas hasta ese momento en la Junta Naval. La información de la caída de la ciudad panameña llegó a Madrid justo en el mismo momento (enero de 1740) en que Quintana recibía alarmantes noticias del apresto de una potente escuadra inglesa con dirección a América (CERDÁ, 2010: 121). Los servicios de inteligencia británicos ya sabían por sus agentes en España que la inactividad hispana y las dificultades para aprontar una poderosa escuadra hacia América hacían innecesaria medidas de protección de las islas británicas, por lo que el verdadero objetivo inglés podía determinarse al tiempo que los españoles discutían sus propias medidas (RIVAS, 2008: 132 y ss). Además los ingleses ya sabían que Francia no entraría en guerra contra ellos, al menos en breve tiempo, lo que les permitía actuar sin tener que hacer frente a la peligrosa alianza naval franco-española.

El cambio de estrategia española no se produjo, sin embargo, de manera rápida ni flexible. En abril, todavía el tercio Montemar se oponía vehementemente al envío de una flota completa con refuerzos de tropa y municiones a América, pese a que ya era bastante evidente que el objetivo inglés estaba en el Caribe. Desde La Habana ya se habían remitido varias misivas alertando de movimientos navales ingleses, sin duda sondeando las defensas para determinar el objetivo principal. Es cierto que en los primeros meses de 1740 el Almirantazgo inglés aún discutía sobre dónde lanzar el principal ataque, y que el mismo Walpole apoyaba la embestida contra El Ferrol donde se hallaba el grueso de la Armada española (RIVAS, 2008: 132-133). Sin embargo, los movimientos diplomáticos indicaban que

⁷ Vernon atacó Portobelo con los navíos *Hampton Court* (70), *Norwich* (50), *Worcester* (60), *Burford* (70), *Stafford* (60) y *Princess Louisa* (60) (SCHOMBERG, 1802: 190).

Francia no entraría en guerra pese a la movilización de su Armada, mientras que los españoles resultaban muy vulnerables en América, y un ataque contra El Ferrol tendría (incluso logrando el deseado éxito) unos objetivos políticos muy limitados. La red de inteligencia española ya venía informando de estos hechos al menos desde marzo y todas las pruebas indicaban que los mares americanos serían el destino más probable para la flota inglesa que se preparaba (RIVAS, 2008: 135 y ss). Por si faltaban más indicios, Vernon había bombardeado insistentemente Cartagena de Indias (probando su capacidad defensiva) con varios de sus navíos en dos ocasiones, entre el 13 y el 20 de marzo de 1740.

A partir de ese instante se inició una especie de carrera para determinar cuál de las dos flotas llegaría primero a América, y por ende, cómo se determinarían los planes de defensa y ataque respectivamente. Lo único que quedaba claro es que España no dispondría de la posibilidad de lanzarse a la ofensiva, supeditando sus planes de movilización a acciones meramente defensivas. La única buena noticia para el mando militar español fue la lentitud con la que los ingleses preparaban su flota de invasión a América; lentitud que tenía más que ver con la recluta de soldados, su traslado, embarque y organización, que con la disposición de sus medios navales. Esta dificultad (parcialmente sorprendente) otorgó a los españoles la única iniciativa estratégica que iban a disfrutar en toda la campaña, y que llegado el momento no supieron aprovechar.

En efecto, el 6 de julio de 1740 se convocó en Madrid una Junta extraordinaria en la que finalmente se tomó la decisión (a la que Montemar no logró oponerse) de enviar una escuadra al Caribe, compuesta por 12 navíos, 2000 hombres de tropa y suministros, comandada por el propio Rodrigo de Torres. El plan de esta expedición tenía una doble finalidad. Por una parte, trasladar las tropas peninsulares a Cartagena poniéndolas bajo las órdenes del virrey Eslava para reforzar las defensas de la plaza, mientras que por otro lado, la escuadra se uniría a las fuerzas navales españolas en el Caribe para conformar un escudo defensivo (presumiblemente de una veintena de navíos) capaz de oponerse al despliegue inglés. Finalmente, la flota de Torres partió de Ferrol el 31 de julio de 1740 rumbo a las aguas americanas, llegando a Santo Domingo el 15 de septiembre. Tras la preceptiva aguada y reparación de buques, la flota española apareció frente a las costas de Santa Marta el 16 de octubre, para finalmente arribar a Cartagena el 23 del mismo mes, desembarcando las tropas de refuerzo de los batallones España, Aragón y Granada.

Los británicos hicieron lo propio tiempo después. El 26 de octubre de 1740 una impresionante flota combinada dejaba Spithead (HARDING, 2010:90), compuesta por 136 velas, de las que 26 eran navíos (RICHMOND, 1920: 89), transportando además unas 8.000 tropas regulares. La escuadra estaba liderada por el General Charles Cathcart quien llevaba instrucciones para hacerse con el mando conjunto de las fuerzas de mar y tierra una vez llegase a las Indias y uniera fuerzas con Vernon, mientras que el comodoro Chaloner Ogle escoltaría con los navíos al conjunto del operativo naval.

La flota inglesa arribó finalmente a Jamaica el 9 de enero de 1741 con bastantes malas noticias a bordo. En efecto, 484 hombres murieron durante la

travesía, y el propio Cathcart lo hizo al día siguiente de llegar a destino (MARKS, 1999: 29). Este hecho tuvo enormes consecuencias. La muerte de Cathcart, que disponía del mando conjunto, eliminó la posibilidad de establecer un proyecto de ataque unificado y sin discusiones, porque su sucesor, el brigadier general Thomas Wentworth, solo lo hizo a título de comandante de las fuerzas terrestres. Como tanto Vernon como Wentworth tenían el mismo rango militar, las disputas acerca del plan de ataque fueron una constante, imponiéndose Vernon gracias a que el factor naval aparecía como el más decisivo e importante, al margen de su fama como conquistador de Portobelo.

Finalmente, los franceses también desplegaron su componente naval. Entre finales de agosto y principios de septiembre de 1740, dos flotas (compuestas por 14 y 10 navíos) partieron desde los puertos atlánticos en dirección al Caribe, llegando a Santo Domingo a finales de noviembre (MEMBRILLO, 2011: 56-57). Aunque los británicos entraron en pánico al conocer la noticia, al final lograron dominar sus nervios al tener constancia (gracias a sus agentes y medios diplomáticos) de que Francia no tenía manifiesta intención de entrar en guerra. Así las cosas, las flotas combinadas de España y Francia, sobre el papel, disponían de suficiente fuerza como para poder abortar cualquier intento de ataque inglés, pero en este caso, fue la política lo que hizo fracasar potenciales planes defensivos que hubieran tenido trágicas consecuencias para los británicos.

3. LAS DEFENSAS FORTIFICADAS

La revolución militar que supuso la introducción de la pólvora con fines militares (allá por el siglo XIV), afectó decisivamente la configuración e importancia de las fortificaciones como elementos decisivos de carácter defensivo. La poliorcética constituía un componente que hacía muy difícil la conquista de una plaza y ahorra, además, enormes cantidades de dinero en tropas. Paralelamente, el valor defensivo de los soldados se multiplicaba por tres tras una buena fortificación, generando largos y costosos asedios, no siempre exitosos. En América, el nuevo modelo de fortificación basado en los tipos italianos fue introducido ya desde finales del siglo XVI (PARKER, 1990: 30 y ss), aunque la extensión de los mismos no fue desplegada hasta la segunda mitad del XVII cuando el incremento de los ataques desencadenó una oleada de saqueos que hizo reaccionar a las autoridades tanto peninsulares como americanas.

El mayor inconveniente de las construcciones fortificadas es que deben estar perfectamente adecuadas al terreno para maximizar su poder defensivo, lo que conlleva un alto grado de conocimientos técnicos para su desarrollo, mucho tiempo y aún más dinero. Cartagena de Indias, una de las famosas “llaves” del Caribe (ZAPATERO, 1989: 135), disponía de una posición y configuración geográfica que la convertía en idónea para la fortificación abaluartada. Sin embargo, el barón de Pointis demostró en 1697 con su fácil conquista, que Cartagena necesitaba un conjunto orgánico e interconectado de fortalezas (anillos defensivos) bien conservadas, con guarniciones entrenadas y suficientes cañones (SERRANO ET AL., 2007: 527-550). Este dramático acontecimiento activó las alarmas respecto de

ampliar y mejorar sus defensas ya que Cartagena era, por naturaleza, un objetivo evidente de los enemigos de España. Durante los treinta primeros años del siglo XVIII se realizaron ímprobos esfuerzos por potenciar sus fortificaciones, en especial gracias al ingeniero Juan de Herrera, quien en 1731 tuvo el honor de ser el fundador de la primera Academia de Ingenieros de América, situada en Cartagena de Indias (MARCHENA, 1977: 23). Sin embargo, en 1732 murió Herrera y durante cinco largos años la plaza se mantuvo sin ningún director de ingenieros y fortificaciones, precisamente en el momento en que más hacía falta un plan integral de mejoras. Esto explica el declive de las fortificaciones en los años anteriores al ataque pese a que se hicieron obras de mantenimiento y mejoras en algunos baluartes. Pero cuando en 1738 el hijo de Herrera, Juan de Herrera y Sotomayor, fue nombrado titular y director de ingenieros en la plaza, ya era tarde para acometer profundas reformas (MARCHENA, 1982: 293). Al comenzar la guerra en 1739 muchos de los puntos fortificados principales estaban sin concluir, modificar o reparar.

Tras los inevitables cambios del terreno por el paso del tiempo (que había transformado la línea de costa), la modificación de las entradas naturales al puerto y los respectivos planes de mejora fortificada a causa del asalto de 1697, Cartagena de Indias era vulnerable por cuatro lugares:

a) Por el norte, mediante un desembarco anfibio en Playa Grande (a unos 8-9 kilómetros de la ciudad) y un movimiento en dirección sur hasta las murallas del enclave. Sin embargo, la alejada línea de costa haría el desembarco difícil y existían accidentes naturales que impedían o ralentizaban el avance, como el Caño de Juan de Angola. En esta zona no existían fortificaciones debido a la propia naturaleza arenosa del terreno y la insalubridad del medio acuático circundante. Pero si el ataque se producía por aquí, los enemigos quedarían igualmente expuestos al fuego de los baluartes de la ciudad hacia el norte (Santa Catalina y San Lucas).

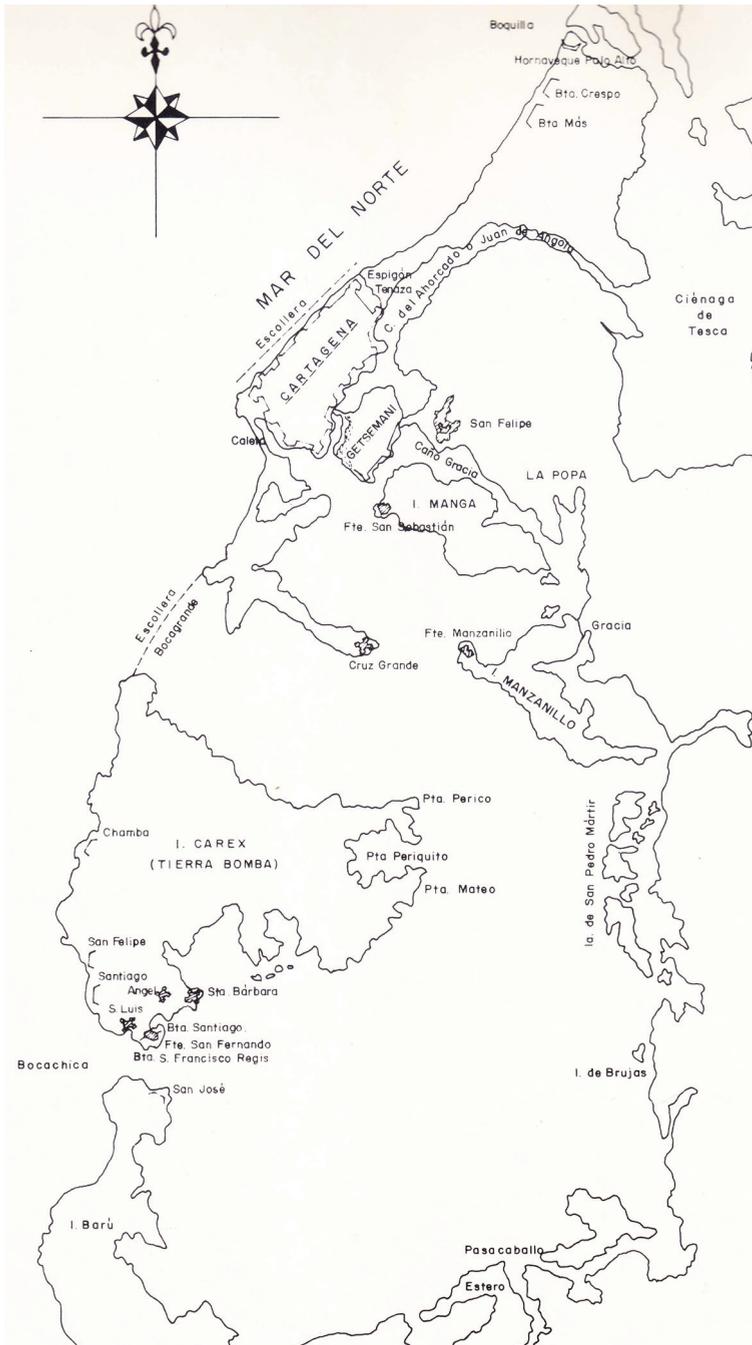
b) Por el oeste de la ciudad, mediante un ataque directo desde el mar. La Avenida del Mar del norte, al oeste de Cartagena y de cara al mar, protegía naturalmente las murallas, y los bajos arenosos hacían el desembarco en esta zona una operación de muy alto riesgo, ya que las tropas quedarían expuestas de lleno al bombardeo artillado de los baluartes de la ciudad (Santo Domingo, Santiago, Santa Cruz).

c) Por el suroeste, a través de Bocagrande. Hasta mediados del siglo XVII esta había sido la entrada natural al puerto. Sin embargo, el oleaje en dirección noreste modificó en poco tiempo la línea de costa, haciendo aumentar los bajos y extendiendo la línea de costa en dirección al mar (unos mil metros). Además, hacia 1640 dos galeones portugueses quedaron varados aquí y con el paso del tiempo Bocagrande quedó cerrada excepto para chalupas y embarcaciones de muy poco calado. Hasta 1632 Bocagrande estaba flanqueada por dos castillos (Santángel y San Matías), pero al cerrarse la entrada fueron demolidos. Un desembarco en esta zona dejaría a las tropas sin coberturas navales y expuestas a las dos fortificaciones que protegían la bahía interior de Cartagena (Santa Cruz y San Juan de Manzanillo).

d) Por el sur, a través de Bocachica. En el siglo XVIII esta era la única entrada viable para todo tipo de buques hacia la bahía de Cartagena, como paso previo a la bahía interior. Quedaba muy al sur de la ciudad (a unos 11 kilómetros en línea recta con la ciudad), estrecha (unos 800 metros) y fácil de defender. El extremo norte lo constituía una inmensa isla (Tierra Bomba), llena de manglares y vegetación, y que conectaba al norte con Bocagrande. El extremo sur de Bocachica enlazaba con la Isla de Barú que se extendía hacia el este para ir cerrando la gran bahía cartagenera. A ambos lados de Bocachica se situaban sendas fortificaciones cuyo papel en la defensa de la ciudad era vital ya que una gran armada solo podría conquistarla si lograba vencer la resistencia en Bocachica y cruzar a la bahía. En Tierra Bomba se encontraba el castillo de San Luis, reconstruido parcialmente entre 1714 y 1725 tras el desastre de 1697. Justo enfrente de este castillo se situaba la Batería de San José, cuyas baterías bajas cerraban el angosto canal de Bocachica por el sur.

Acceder a Cartagena a través de la bahía representaba una tarea de alto riesgo, desgastante logísticamente y muy complicada, porque el enemigo debía vencer la resistencia en Bocachica, posteriormente la entrada a la bahía interior (flanqueada por los mencionados fuertes de Santa Cruz y San Juan de Manzanillo), y finalmente asaltar la ciudad enfrentándose a los baluartes que daban hacia el sur, principalmente el de San Ignacio. Como esta línea de ataque era previsible, resultaba bastante lógico que un potencial enemigo buscara un plan de asalto diferente al estar, aparentemente, protegida la ciudad desde el norte, oeste y sur. El único flanco que quedaba era al este de la ciudad. Sin embargo, el terreno facilitaba también la defensa en este sector. Dominando Cartagena se encuentra en este sector el Cerro de la Popa, de unos 800 metros de altitud y situado a algo más de 3 kilómetros de la ciudad. Ubicado a medio camino entre La Popa y la entrada a Cartagena por el barrio de Getsemaní, se emplazó la fortaleza de San Lázaro (o San Felipe de Barajas), unos 40 metros sobre el nivel del mar y cuyos cañones apuntaban en las cuatro direcciones. Iniciado en 1657, San Lázaro era la defensa principal ante la única posibilidad de ataque a Cartagena desde la plataforma continental. Sin embargo, pese a ser ya una formidable fortaleza, en 1741 aún no se había concluido totalmente. Finalmente, en caso de caer San Lázaro, los enemigos aún debían vencer una doble defensa. Cartagena es, en realidad, dos ciudades sobre dos islas distintas. La principal, que mira al mar, situada sobre la isla de Calamari, y la emplazada al este, sobre la isla de Getsemaní, que le da nombre. El arrabal de Getsemaní se encuentra a 800 metros al oeste de la fortaleza de San Lázaro, y estaba protegida por tres fosos, la batería de la Media Luna y varios baluartes fuertemente artillados. Traspasado Getsemaní, aún quedaba por vencer el perímetro amurallado de la propia Cartagena, defendida en dirección este por el baluarte de San Juan que miraba hacia el arrabal de Getsemaní.⁸

⁸ Para un análisis detallado de las fortificaciones de Cartagena de Indias, véase SEGOVIA (1987), MARCO (1951) y ZAPATERO (1969 y 1979).



Mapa 1. Fortificaciones de Cartagena de Indias, 1741.
Fuente: ZAPATERO (1969: 84).

La proyección y estructura general del sistema fortificado indican un alto grado de conocimiento del medio físico y de los sistemas de defensa estática por parte de quienes lo proyectaron y desarrollaron. Sin embargo, el factor climático en Cartagena (lluvias frecuentes, temperatura cálida y húmeda, gran salinidad) demandaba frecuentes arreglos y reparaciones, que requerían a su vez ingentes cantidades de dinero y mano de obra. Entre 1736 y 1741 la carencia de medios fue la tónica general pese a las buenas intenciones de las autoridades locales. En el verano de 1739 se proyectó reparar el dique principal del puerto así como los muros exteriores hacia el mar basándose en un estudio anterior del ingeniero Herrera, quien había fijado el costo en 414.673 pesos (SERRANO, 2004: 360). Finalmente no se pudo iniciar por la escasez de dinero y la negativa de los vecinos a aprontar un préstamo. Además, el inicio de la guerra meses después evitó cualquier posibilidad de acometer ningún arreglo, no solo por la falta de numerario, sino también porque el poco que existía debía ser transferido a las tropas.

El castillo de San Luis de Bocachica, esencial para defender la entrada a la bahía, se encontraba a medio terminar. Dos de sus cortinas estaban sin acabar, partes completas de los muros se mostraban descubiertas, los parapetos no tenían el espesor adecuado y las bóvedas interiores eran demasiado bajas y delgadas, inapropiadas para soportar un duro bombardeo.⁹ Ninguno de los baluartes de la ciudad había podido ser reparado o reformado desde 1735 por falta tanto de dinero como de materiales, y la última intervención que se hizo en el Castillo de Santa Cruz fue en época de Herrera, allá por 1728. La fortaleza de San Felipe de Barajas, cuya defensa era primordial para sostener la ciudad, tuvo su última intervención entre 1725 y 1730 cuando se construyó un hornabeque (ZAPATERO, 1979: 54 y ss.). La única nueva incorporación de elementos fortificados que se hizo antes de 1741 fue la reconstrucción parcial de las baterías de San Felipe, Santiago y Chamba, en el borde marítimo occidental de Tierra Bomba.

Por consiguiente, pese al impresionante perímetro fortificado, Cartagena de Indias iba a afrontar su prueba más dura con castillos sin terminar, fortificaciones carentes de parapetos, muros más delgados de la habitual, baluartes sin reparar y una carencia total de materiales y dinero con los que mejorar sus defensas.

4. LA LIMITACIÓN DE MEDIOS Y RECURSOS

La ventaja que indudablemente otorga un sistema fortificado no garantiza, sin embargo, su éxito. Cualquier tratado sobre fortificaciones o de táctica militar indica con claridad que la superioridad que ofrece una fortificación no es autónoma, sino que está relacionada directamente con las tropas que lo defienden, su calidad y determinación, los suministros, y la artillería empleada (TÁRREGA, 1856: 139-140). Las defensas estáticas son un factor multiplicador de la eficacia defensiva de los hombres, pero son ellos los que hacen útiles y eficaces las fortificaciones.

⁹ Archivo Histórico Nacional (=AHN), Estado, leg. 2321, informe del ingeniero Desnaux, 3 de mayo de 1741.

Y lo más urgente que necesitaba Cartagena eran, precisamente, tropas, en especial de calidad. Sin hombres, los recursos y fortificaciones serían en vano. Sin embargo en este punto, la guarnición no estaba en sus mejores horas. A lo largo de los tres primeros decenios las tropas cartageneras pasaron por innumerables vaivenes fruto de la importancia estratégica de la ciudad y su puerto, pero también a causa de las enormes tensiones financieras que debía soportar. Antemural de la Nueva Granada, y escala obligada de los Galeones de Tierra Firme, Cartagena dependía fuertemente de los recursos externos sin los que su guarnición no se sostenía. En la década de 1730 las arcas locales se resintieron del descenso de impuestos por el declive en la entrada de géneros, y la última feria de Portobelo en 1731, había determinado su crisis fiscal, y por ende, una traumática escasez de recursos (PARRÓN, 1997: 458). Pese a ello, la geopolítica del Caribe dimanaba que la milicia tuviese presencia constante, máxime habiendo sido objeto de repetidos ataques. Finalmente, después de muchas peticiones de las autoridades militares locales para formalizar un pie de guarnición permanente y bien organizado, se aprobó en 1736 el *Reglamento Fijo de Cartagena*, que comprendía nueve compañías de infantería y una de artillería, para un total de 667 hombres.¹⁰

Este reglamento llegó a la ciudad acompañado de Blas de Lezo y el gobernador Pedro Fidalgo en 1737, y en el peor momento posible. Con el aire enrarecido por las constantes fricciones con los ingleses, las arcas casi vacías y todo por hacer, ambas autoridades pasaron revista a la situación de la guarnición a finales de 1737. Y el panorama no podía ser más desolador. No pudieron encontrar más de 150 soldados, 600 fusiles estropeados, 90 cañones de artillería (todos en pésimo estado), 90.000 libras de pólvora (de principios de siglo), y 14.000 balas de artillería (MARCHENA, 1982: 113). Un informe de ese mismo año indicaba que todas las fortalezas, castillos y baluartes de la ciudad disponían de un total de 207 cañones,¹¹ cuando su número efectivo debía ser el doble. Las desesperadas peticiones de suministros y materiales (a España) y de dinero (a Santa Fe y Quito) fueron recurrentes e insistentes desde ese momento.

Lezo, consciente de la hercúlea tarea a la que tenía que hacer frente, trató por todos los medios de mejorar la situación. En 1738 solicitó a Madrid la remisión urgente de 1000 fusiles, 5000 balas de calibres adecuados para la artillería de las fortificaciones, y 500 quintales de pólvora,¹² mientras que de Santa Fe y Quito recibía (tras muchas demandas) la ínfima cantidad de poco más de 70.000 pesos (SERRANO, 2004: 212). Con esto, y mucho trabajo, Lezo mejoró algo las posibilidades defensivas, arreglando cureñas, reparando fusiles y cañones... y tratando de pedir dinero prestado (MARCHENA, 1982: 114). Durante 1738 las alarmantes noticias de guerra contra Inglaterra no hicieron más que aumentar, lo que generó infinita frustración en las autoridades militares cartageneras. La única buena noticia fue que en la revista de julio de 1738 la guarnición se había elevado a las 520 plazas.¹³

10 AGI, Santa Fe, 938. Este reglamento estaba inspirado en el de La Habana de 1719.

11 AGI, Santa Fe, 938.

12 AGI, Santa Fe, 939.

13 AGI, Santa Fe, 939.

A lo largo de 1739 los esfuerzos se incrementaron pese a que los recursos aún eran muy escasos. Ese año tan solo llegaron 90.126 pesos en ayuda dineraria, que representaba el 70 % del costo total únicamente de la guarnición fija (SERRANO, 2004: 212). Esto explicaría por qué el batallón no solo no incrementó su número, sino que disminuyó hasta las 508 plazas,¹⁴ mientras que los cañones de las fortificaciones pasaron a 219 piezas, sin duda gracias a las buenas artes de Lezo reparándolos. En abril de 1739 llegaron desde España 1.000 fusiles y 400 quintales de pólvora, absolutamente indispensables para armar correctamente al batallón ante los acontecimientos que se avecinaban.

En efecto, la declaración de guerra en octubre de 1739 llegó cuando las mejoras en la plaza aún estaban en estado embrionario. La escasez de suministros era crónica y alarmante, y así lo hizo saber Lezo en varias misivas a lo largo de los siguientes meses. Es de suponer la mueca de enfado e incredulidad de Lezo cuando en 1740 le llegó la noticia de la ruptura de hostilidades desde Madrid, cuando él mismo ya había sido testigo impotente del asalto inglés a Portobelo más de un mes antes. Consciente de que el próximo objetivo sería Cartagena, Lezo elaboró varios informes solicitando desesperadamente fusiles, cañones, pólvora, balas, harina y toda clase de suministros, que jamás llegaron a tiempo.¹⁵ Sin embargo no se mantuvo inactivo. En marzo, Lezo dispuso una cadena con dos cables a la entrada del puerto por Bocachica ante la latente amenaza de Vernon que sondeaba de vez en cuando Cartagena con buques para vigilar sus defensas, y proveyó al castillo de San Luis de hombres procedentes de sus buques y de 40 días de víveres.¹⁶ Finalmente, fondeó al *Dragón* en la ensenada de Tierra Bomba y mandó fabricar dos baterías de seis y siete cañones en Pasacaballos “rodeada de agua para su mayor seguridad” y otra batería de seis cañones en el Varadero.¹⁷

Cuando el nuevo virrey Sebastián de Eslava desembarcó en Cartagena el 21 de abril de 1740, lejos de mejorar la situación, ésta empeoró. Con el virrey llegaron a la ciudad más de 500 hombres de los batallones Navarra, Lisboa y Toledo que antes de ser transferidos a Panamá y Portobelo consumieron dinero y vituallas que ya escaseaban. Igualmente, los dos navíos que arribaron con Eslava (*San Carlos* y *Galicia*) quedaron inmovilizados en puerto junto con los cuatro de Lezo (*San Felipe*, *África*, *Dragón* y *Conquistador*) ante la falta de materiales y suministros para repararlos tras el largo viaje. La crisis se hizo patente ante la llegada de únicamente 127065 pesos cuando las necesidades presupuestarias iban claramente en aumento (Serrano, 2004: 212).

Paralelamente, los problemas de colaboración entre el virrey y Lezo se hicieron evidentes muy pronto. Personalidades endurecidas por años de campañas militares, y sin duda ambiciosos en sus compromisos con el rey, Lezo y Eslava se disputaron la primacía de la dirección de la política militar de la plaza y comenzaron a nutrir una rivalidad que estuvo a punto de tener graves consecuencias para la defensa de la ciudad. Aunque el virrey era, legalmente,

14 AGI, Santa Fe, 939. Revista del 20 de mayo de 1739.

15 AGI, Santa Fe, 939. Informes de 24 mayo 1740 y 18 de octubre 1740.

16 AGI, Santa Fe, 1093. Lezo a Quintana, 28 de marzo de 1740.

17 AGI, Santa Fe, 1093.

la máxima autoridad política y militar de todo el virreinato (lo que incluía Cartagena), ambos disponían del mismo rango militar y Lezo, como marino, no estaba dispuesto a ceder sus buques y marineros al antojo del virrey. Desde ese instante, ambos compitieron en la remisión de cartas e informes a España en las que la falta de colaboración entre ellos quedaba patente.

La llegada de la flota de Torres el 23 de octubre de 1740 supuso, en principio, una buena noticia para todos. Con Torres arribaron a puerto tres batallones de refuerzo (España, Granada y Aragón) con casi 1500 hombres, así como 340 fusiles con sus bayonetas y otros víveres.¹⁸ Sin embargo, tal aglomeración de soldados en Cartagena causó importantes quebraderos de cabeza, al igual que la presencia en el puerto de 18 navíos. La Junta de Guerra celebrada al día siguiente (con la presencia de Lezo, Eslava y Torres, entre otros oficiales) dejó en evidencia las dificultades surgidas, aparentemente insalvables. Los buques necesitaban reparos para los que no había ni caudales ni suministros suficientes, y muchos de los soldados desembarcados ya estaban sufriendo del húmedo clima de la ciudad, así que se tomó la determinación de que la escuadra de Torres abandonara el enclave tan pronto fuese posible mientras solicitaba a La Habana materiales para los navíos.¹⁹ Pero en diciembre todo se complicó. Un informe de Torres indicaba que ya habían muerto más de 500 hombres de sus tripulaciones, y que cada día morían 10 ó 12,²⁰ al mismo tiempo que se recibían noticias de la llegada al Caribe de las dos escuadras francesas (más de veinte navíos en total). El caos imperó y nadie sabía qué hacer mientras las Juntas se sucedían. Por una parte, Torres recibió noticias de que se había decidido en España que las escuadras francesa y española operasen conjuntamente, pero los galos dudaron ante su propia falta de suministros. Finalmente en enero de 1741 tuvieron noticias fidedignas de que la potente escuadra británica de invasión que partió de Inglaterra (llegó a Jamaica el 9 de enero) se encontraba en el Caribe. La presencia de 32 navíos ingleses en aquellas aguas debió ser motivo más que suficiente para que los franceses plegaran velas y dieran por finalizada una colaboración que jamás tuvo lugar. Aunque Lezo, como marino y muy consciente del poder persuasivo que tenía la flota combinada franco-española, trató de que ambas armadas se uniesen, finalmente no pudo hacer nada contra la negativa francesa (aduciendo que tenían víveres para solo un mes) y las dudas de Torres. A finales de enero los franceses regresaron por donde habían venido (es decir, a Francia), mientras que Torres abandonó Cartagena en dirección a La Habana, donde arribó el 22 de febrero de 1741 (MEMBRILLO, 2011: 96).

En aquel momento, las escuadras francesa (24 navíos) y española (18 navíos) representaban una amenaza real para la armada británica (32 navíos), y tuvieron la oportunidad estratégica de haber evitado el ataque contra Cartagena o, incluso, haber destruido total o parcialmente a los ingleses. Por primera y única vez, la superioridad local de medios armados estaba de lado español, porque ni siquiera tenían por qué operar ofensivamente ambas escuadras: su sola presencia

18 AGI, Santa Fe, 572. Relación de 24 de diciembre de 1740.

19 AGI, Santa Fe, 572. Junta de Guerra de 24 de octubre de 1740.

20 AGI, Santa Fe, 1093. Torres a Quintana, 15 de diciembre de 1740.

era disuasoria. La prueba de que esto fue así, es que Vernon no se decidió a atacar Cartagena hasta no haber tenido la certeza del abandono del teatro de operaciones tanto de Torres como de los franceses. Si bien es cierto que la carencia de medios y suministros para la armada de Torres era de por sí un motivo de honda preocupación, resultaba mucho más fácil aprontarlos desde La Habana, Panamá o el interior del virreinato, que abandonar a su suerte a Cartagena de Indias. Porque lo que ocurrió inmediatamente después fue exactamente eso: Lezo quedó abandonado en puerto con seis navíos, una guarnición insuficiente, pocos suministros, escasa artillería, sin dinero y con las fortificaciones en estado parcialmente operativas.

5. EL ÉXITO EN LA ESCASEZ

Cuando Vernon comenzó el ataque contra Cartagena el 13 de marzo de 1741, las defensas de la ciudad no estaban, ni mucho menos, concluidas. La escasez de recursos y los limitados medios defensivos (hombres y armamento) eran notorios. El balance general entre lo que debía ser y lo que existía realmente queda reflejado en la siguiente tabla.

	<i>Efectivo</i>	<i>Teórico</i>
Fijo de Cartagena	430	667
Batallones de refuerzo	787	1.168
Marinería	1.000 (aprox.)	2.936
Milicias	500 (aprox.)	850
Artillería y cañones	219	400 (aprox.)
Fusiles	1.600 (aprox.)	2.500
Pólvora	600 quintales	1.000
Balas de cañón	15.200	-

Tabla 1. Fuerzas y elementos defensivos en 1741. Fuente: AGI, Santa Fe, 938, 939. Diversos estadillos de fuerza. MARCHENA (1982), LORÉN (2013), SILOS (2004) Y MEMBRILLO (2011).

Incluso un análisis superficial de los datos, muestra una enorme desproporción entre los medios disponibles y los deseados, que refuerzan la interpretación de la crónica crisis de elementos defensivos en el momento del ataque. Además hay que tener en cuenta el componente cualitativo de los efectivos humanos. Tan solo las tropas pertenecientes a los batallones provenientes de España y el batallón Fijo de Cartagena, pueden ser consideradas profesionales y adiestradas en el arte militar. Pero incluso así, sabemos que gran parte de los componentes del Fijo (que provenían indefectiblemente de la propia ciudad) no estaban plenamente adiestrados, estaban pobremente equipados y no tenían la moral alta. Tan solo los

efectivos reglados peninsulares podemos considerarlos plenamente profesionales y operativos, pese a que su disminución desde la llegada al enclave había sido progresiva, y la aclimatación difícil. Llama, igualmente, la atención el escaso número de elementos ligados a los buques, es decir, tropa de marinería y soldados (infantería de marina) anexos a los mismos. Desde la llegada de los buques de Lezo, más la incorporación de los otros dos provenientes de España, las bajas por enfermedades tropicales habían sido traumáticas, sin contar con las desertiones. Cuanto mayor era el tiempo que estas unidades pasaban en la húmeda Cartagena, mayores eran las posibilidades de una drástica disminución. Apenas el 30% de los efectivos teóricos de los navíos estaban presentes en el momento de la ofensiva inglesa, y tampoco eran tropas cuya función principal fuese la defensa terrestre, para la que no estaban entrenadas. Sin embargo, fueron hábilmente utilizadas por Lezo durante las más de dos semanas de aguerriada defensa de Bocachica, no solo combatiendo a bordo de los 4 navíos que, a modo de barrera, se interpusieron en la entrada, sino también como piquetes de infantería en las baterías de Tierra Bomba y el propio castillo de San Luis. Los diarios que conservamos del ataque, y muy especialmente el del propio Lezo, muestran el uso de la marinería en casi todas las acciones defensivas de la plaza, incluyendo la decisiva defensa de la fortaleza de San Lázaro (MARTÍNEZ, 1976: 124-131).

Si el excelente desempeño de estas tropas está fuera de toda duda, no se puede decir lo mismo de la milicia local. Los diarios e informaciones sobre el asalto apenas muestran rastro alguno de las acciones defensivas realizadas por estas tropas, cuya instrucción militar y equipamiento dejaban mucho que desear. De hecho, si bien conocemos la disposición de las milicias provinciales durante los meses previos a la embestida (repartidas por los partidos anexos a Cartagena en labores de vigilancia), no sabemos casi nada de la actuación de la milicia de la ciudad, ni dónde fueron dispuestas exactamente. Hay referencias a que un piquete de milicianos de unos 20 hombres actuó, aisladamente, en el pequeño fuerte del Manzanillo, donde quedaron aislados y nunca entraron en combate, pero poco más. Lo más probable es que se ubicasen en los baluartes y murallas de la ciudad de Cartagena, en labores de apoyo a las unidades profesionales y artilleros, pero las fuentes no indican un empleo táctico importante de estas tropas. Todo ello señala claramente que la defensa de la ciudad fue acometida principal y esencialmente por los alrededor de 1100 hombres del Fijo y batallones de España, más los 1.000 hombres aproximadamente al mando directo de Blas de Lezo (marinería).

Todo esto contrasta con el empleo masivo de tropas profesionales por parte de los ingleses, sin contar el abrumador despliegue de fuerzas navales. Vernon se presentó en Cartagena con al menos 29 navíos (otras fuentes indican 36), 12 fragatas y 130 transportes, que embarcaban una poderosa fuerza de entre 8.000 y 9.000 soldados, 2.000 infantes de marina, y 2.500 hombres procedentes de las posesiones inglesas en Virginia en labores auxiliares. La marinería de toda esta inmensa armada no era inferior a los 15.000 hombres. El total, por tanto, de fuerzas desplegadas por los británicos frente a Cartagena en ningún caso fue

inferior a los 27.000 hombres, con una horquilla superior que podría llegar a los 30000 (BEATSON, 1804: 25-27).

Una de las claves para comprender la eficacia en la desproporción entre medios ofensivos y defensivos ya fue explicitada por Clausewitz en su momento. Según la teoría de la guerra, si el defensor cuenta con la ventaja del terreno (máxime si lo hace tras elementos fortificados), el atacante debe basar su estrategia operacional en la sorpresa, para compensar el balance positivo de las fuerzas defensoras conocedoras del terreno (CLAUSEWITZ, 1980: 393-397). Como se verá más adelante, el ataque de Vernon no gozó del factor sorpresa, lo que anuló en gran medida la relación positiva de fuerzas de ataque empleadas. Las plazas fuertes, sus murallas, baluartes y fortalezas, representaban factores a la vez tácticos y estratégicos, porque obligaban al enemigo a conquistarlas o aislarlas para evitar acometidas desde la retaguardia, o el cortocircuito de las propias líneas de ataque del agresor. Por consiguiente, el carácter retardante es singular y propio de los sistemas fortificados, y ejercen un poderoso efecto simbólico tanto para el defensor como para el atacante. Y sin duda éste último factor fue especialmente decisivo en Cartagena.

Igualmente, las acciones defensivas, incluso si estas no están plenamente organizadas, son comúnmente más poderosas que el ataque, sobre todo si se efectúan amparadas en fortificaciones. El comandante que ejerce las labores de defensa adquiere, en este punto, importancia vital, porque la decisión de mantener una posición defensiva multiplica la fuerza y anula parcialmente el desequilibrio inicial, ya que usualmente el atacante despliega más fuerzas que el defensor (DUPUY, 1987: 28). En este sentido, las actuaciones del mando español, especialmente de Lezo, contribuyeron al aumento de la eficacia en el combate, multiplicando su valor defensivo y anulando en gran medida la limitada escasez de medios empleados.

Desde la moderna Teoría del Combate, que trata de establecer parámetros cuantitativos y cualitativos de las fuerzas empleadas en las acciones de combate utilizando múltiples vectores de referencia, se ha argumentado (y probado sobre modelos históricos de batallas) que cuando la fuerza de ataque supera en proporción de tres a uno a la defensora en potencia de combate, aquella siempre logra sus objetivos (DUPUY, 1987: 61-65). Sin embargo, esta proporción no es el número de hombres, sino una ecuación de componentes dinámicos (a veces no tangibles, como la moral) que intervienen en el combate y que modifican el valor relativo de las fuerzas, para establecer la verdadera potencia de combate. Aunque este artículo no puede adentrarse en un análisis concreto (desde la Teoría del Combate) de estos factores en cada una de las acciones, podemos adelantar ya que en prácticamente todas las acciones llevadas a cabo por los contendientes en aquel verano de 1741, la potencia de combate española equilibraba adecuadamente el enorme empleo de medios de los ingleses, anulando la superioridad numérica y haciendo más factible una defensa eficaz de la plaza.

El conocimiento previo de los planes enemigos es fundamental tanto para el ataque como para la defensa. En este sentido, en ambos bandos se produjeron agrias disputas y controversias acerca de los diferentes proyectos ofensivos y

defensivos, porque en los dos casos no hubo unidad de mando. Sin embargo, la psicología jugó un papel fundamental a la hora de prever los movimientos más posibles del enemigo.

Por el lado inglés, Wentworth, como comandante de las fuerzas de tierra, trató de imponer un plan basado en la rapidez de movimientos y el ataque directo desde el norte, con un desembarco (en Playa Grande-La Boquilla) que le permitiera un despliegue amplio de sus fuerzas y una mayor concentración de las tropas profesionales que llevaba bajo su mando. Sin embargo, Vernon se opuso vehementemente aduciendo que el progreso contra las murallas de Cartagena no podría ser apoyado por el fuego naval, mientras que el terreno pantanoso y arenoso, dificultaría el despliegue de la artillería, vital para ablandar las murallas y baluartes. No le faltaba razón, pero había otra mucho más importante para él. Los medios navales, dirigidos por Vernon en persona, eran, según su criterio, los decisivos, tanto por el número como por la capacidad de concentración de fuego. Además, Cartagena era un puerto fortificado y por consiguiente debían ser los navíos y medios navales lo que acabaran imponiendo la estrategia ofensiva. Por último, y no menos importante, Vernon gozaba de fama y prestigio, ganada a pulso antes de 1739 y después con la conquista de Portobelo en diciembre de aquel año. Para Wentworth, oponerse a estos argumentos era una batalla perdida, porque sabía que el despliegue de sus tropas terrestres dependía, en última instancia, de la escuadra del almirante. Por tanto, la victoria en la concepción estratégica ofensiva fue única y exclusivamente de Vernon, quien dispuso un ataque por fases apoyado siempre por los medios navales: a) Bocachica; b) Bahía Interior; y c) Ataque final desde el este contra la fortaleza de San Lázaro, último gran obstáculo antes de entrar en Cartagena atravesando Getsemaní.

Del lado español se produjo exactamente la misma disputa. Eslava, como virrey y general, estaba convencido del ataque desde el norte, y pretendía restringir la defensa únicamente a dos puntos: al norte de Cartagena, y al sur, por Bocachica. Sin embargo, el conocimiento psicológico del enemigo fue el elemento que, probablemente, salvó a la ciudad. Lezo, como marino profesional, sabía que la primacía del componente naval en el enemigo haría caer de este lado la estrategia ofensiva. Sin duda poniéndose en la piel de Vernon, pudo deducir que la manera más segura de conquistar la ciudad era emplear una proyección por fases, en la que el elemento naval, con el apoyo artillero de sus miles de bocas de fuego, y la capacidad de movimiento, acabara imponiendo un ataque por medios navales que fuera horadando poco a poco la capacidad defensiva de los españoles. Lezo acabó imponiendo su estrategia simplemente por la concatenación de hechos, y porque sus 6 navíos disponían de una potencia de fuego conjunta que no tenía ninguna de las fortalezas de Cartagena. Cuando se produjo el ataque, Eslava pudo percibir que, en efecto, el enemigo iba a concentrar todo su poder en un punto (Bocachica) para forzar la entrada a puerto y disponer la armada para apoyar a su vez los movimientos interiores.

La brillantez de Lezo no estribó, empero, en la deducción del plan británico, sino en la manera táctica en la que empleó sus escasas fuerzas y medios. Mientras que Eslava era feliz concentrando las defensas en las principales fortalezas, el

vasco era consciente del factor *tiempo*. En efecto, la climatología adversa para los ingleses, la estación del año poco propicia, en la que la humedad era aún mayor, determinaba que cada día de resistencia era un factor multiplicador en la eficiencia de los defensores, porque a las normales bajas por el combate, habría que añadir las enfermedades y el descenso de la moral. Por consiguiente, el marino no se contentaba con ejercer una defensa numantina en Bocachica y su principal fuerte (San Luis), sino que había que demorar el máximo tiempo posible lo inevitable, es decir, la entrada del enemigo en la bahía. Y la táctica empleada por Lezo fue tan brillante como efectiva. Desplazó piquetes a las baterías costeras que daban al mar por Tierra Bomba, y mantuvo un fuego constante contra los navíos y buques de transporte. Los ingleses, indecisos y aturdidos por una defensa desde la misma playa, tardaron más de una semana en desplegar el suficiente contingente de tropas en Tierra Bomba para forzar la rendición del castillo de San Luis. Paralelamente, Lezo dispuso siempre de unidades móviles que acudían allá donde estaba la acción, fue flexible en sus decisiones tácticas, y retiró tropas de aquellos sectores que no estaban realmente amenazados. Sabemos que en San Luis hubo siempre alrededor de 200 hombres en su defensa, y esto, unido a la potencia de fuego de cobertura de los cuatro navíos de Lezo en Bocachica, fue un factor multiplicador de la verdadera potencia de combate de los españoles, que con limitados medios y armas, generaron confusión y frustración en el alto mando inglés. Los británicos, finalmente, necesitaron una superioridad de hombres de siete a uno y más de diez días de intensos bombardeos, para acallar definitivamente el castillo de San Luis. Y cuando se produjo lo inevitable, los españoles ya tenían el plan de retirar sus tropas para seguir combatiendo, mientras las bajas inglesas aumentaban y las enfermedades causaban mella.

Durante el decisivo ataque contra la fortaleza de San Lázaro, el mando militar español supo jugar con habilidad con el cansancio del enemigo, que llevaba más de un mes combatiendo en aquellas húmedas latitudes. Lezo y Eslava pudieron concentrar 500 hombres en esta formidable fortificación que, pese a no estar ni concluida ni bien artillada, pudo resistir con relativa facilidad gracias a que el enemigo jamás pudo reunir el factor de potencia de combate de tres a uno, al menos. En esta última fase de la batalla, la moral resultó igualmente decisiva. Poco se habla de la diferencia entre combatir a miles de kilómetros de tu hogar, en terreno desconocido y hostil, y con una climatología infernal, mientras que los defensores lo hacen por mantener viva su propia ciudad; su propia bandera en un terreno que le es conocido y patrio.

6. CONCLUSIONES

A lo largo de este breve estudio hemos podido observar los diferentes factores que se conjugaron en el tiempo para provocar un enfrentamiento colosal en Cartagena de Indias en 1741. Los medios de todo tipo puestos en marcha antes y durante buena parte del conflicto iniciado en 1739, constataron enormes deficiencias organizativas, de mando y logísticas que representaron factores de enorme riesgo para las armas españolas. La falta de previsión, la timidez en la

toma de decisiones desde España, los escasos recursos monetarios, la ausencia de un plan sostenido para fortificar sólidamente la ciudad, nos hablan de un estructura militar española en Indias pobre y en pleno desarrollo desde mucho antes de que sonaran los cañones.

Cuando se escribe sobre este brillante hecho de armas español, usualmente no se tienen en cuenta los elementos estructurales, que en toda campaña y batalla son los más importantes. La artillería deficiente y escasa, las tropas disminuidas por la falta de previsión, la dejadez en el envío de suministros, la mala calidad de algunas obras fortificadas, son los puntos que separan, tibiamente, el éxito o el fracaso. Si España sacó adelante esta empresa militar, escribiendo una memorable página en una larga historia militar se debió, como hemos descrito, a la conjunción de diversos factores que, como decía Napoleón, hacen imprevisible una batalla. El arrojo de los defensores, destacado por la historiografía, fue fruto de una brillante y acertada dirección militar sobre el terreno, que elevaba la moral de los defensores, e incrementaba las posibilidades de éxito. El acierto en la estrategia defensiva de Lezo fue el factor desencadenante del fracaso inglés que no supo, sobre el terreno y en función de la evolución de los combates, modificar su estrategia ofensiva. La obcecación de Vernon en ceñirse escrupulosamente al plan inicial fue, a su vez, un factor que acentuó las ventajas del proyecto defensivo español.

Sin embargo, una muy delgada línea roja separó el éxito del fracaso, y las autoridades lo comprendieron y reaccionaron. La victoria no les hizo pensar en la inexpugnabilidad de Cartagena, sino en todo lo contrario: era un imán para los enemigos de España. Por tal motivo, durante los 20 años posteriores, se ideó y desarrolló un plan integral para fortificar adecuadamente el perímetro defensivo de la ciudad, aprontando suministros, vituallas, dinero e inteligencia en los nuevos fuertes construidos. Igualmente, se incrementó su guarnición Fija, dotándosela de armazón sólido, entrenamiento y medios. Las milicias fueron profesionalizadas e incrementadas exponencialmente, y las tropas peninsulares mantuvieron una presencia permanente durante el resto de siglo. Los potenciales enemigos, sin duda conocedores de esto, supieron ya que la escasez y las limitaciones no iban a caracterizar las defensas de Cartagena de Indias en lo que quedaba de siglo, y por tal motivo, nunca más la ciudad fue amenazada ni atacada: Vernon pudo dar buena cuenta de lo que podría pasar.

7. FUENTES

Archivo General de Indias (AGI), Santa Fe, legajos 572, 938,939, 1093.

Archivo Histórico Nacional (AHN), Sección Estado, 2321.

8. BIBLIOGRAFÍA

ANÓNIMO (1758): *The life of Admiral Vernon*, London, J. Fuller.

BAUDOT, M^a (2014): «Política naval y movilización de recursos para la defensa colonial al inicio de la Guerra de la Oreja de Jenkins (1739-1740)», *Cuadernos monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, 69:37-62.

- BAUDOT, M^a (2014): «Armar en tiempos de guerra. La movilización naval para la defensa colonial en 1739-1740», en *El Estado en guerra. Expediciones navales españolas en el siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Polifemo, 87-116.
- BEATSON, R. (1804): *Naval and Military memoirs of Great Britain from 1727 to 1783*, vol. III, London.
- BERMÚDEZ, C. (1912): *Narración de la defensa de Cartagena de Indias contra el ataque de los ingleses en 1741*, Sevilla, EEHA.
- BETHENCOURT MASSIEU, A. (1998): *Relaciones de España bajo Felipe V, del tratado de Sevilla a la guerra con Inglaterra (1729-1739): del tratado de Sevilla a la guerra con Inglaterra (1729-1739)*, Madrid, AEHM.
- BLACK, J. (2007): «George and Walpole: Double Act or King in the Shadows? 1731-1741», en *George II: Puppet of the Politicians?*, Liverpool, Liverpool University Press.
- BROWN, V.L. (1926): «The South Sea Company and Contraband Trade», *The American Historical Review*, 31: 662-678.
- CERDÁ CRESPO, J. (2010): *Conflictos coloniales: la guerra de los nueve años 1739-1748*, Alicante, Universidad de Alicante.
- CLAUSEWITZ, C. (1980): *De la guerra*, Madrid, Ediciones Ejército. Ed. Original de 1832.
- DUPUY, T.N. (1987): *La comprensión de la guerra. Historia y Teoría del Combate*, Madrid, Ediciones Ejército.
- GIBBS, G.C. (1962): «Parliament and Foreign Policy in the Age of Stanhope and Walpole», *The English Historical Review*, 77, 302: 18-37.
- GONZÁLEZ MEZQUITA, M^a L. (2015): «La paz de Utrecht y su impacto en el mundo atlántico. Una aproximación a partir del caso del Río de la Plata», *Anuario de Estudios Americanos*, 72, 1: 97-124.
- GRACIA, M. (2012): «En torno a la biografía de Blas de Lezo», *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 7: 487-522.
- HARDING, R. (2004): «America, the War of 1739-48 and the development of British Global Power», *Journal of Maritime Research*, 6, 1: 1-21.
- HARDING, R. (2010): *The Emergence of Britain's Global Naval Supremacy: The War of 1739-1748*, London, Boydell Press.
- HENRETTA, J.A. (1972): «The Great Struggle for Power 1737-1741», en *Salutary Neglect: Colonial Administration Under the Duke of Newcastle*, Princeton, Princeton University Press.
- HILDNER, E.G. (1938): «The Rôle of the South Sea Company in the Diplomacy Leading to the War of Jenkins' Ear, 1729-1739», *The Hispanic American Historical Review*, 18, 3: 322-341.
- KAMEN, H. (2000): Felipe V. *El rey que reinó dos veces*, Madrid, Temas de Hoy.
- LORÉN, G. (2013): «El sitio de Cartagena de Indias (1741)», *Revista de Historia Naval*, 120: 87-98.
- LUCENA SALMORAL, M. (1999): *Rivalidad colonial y equilibrio europeo S. XVII-XVIII*, Madrid, Síntesis.
- LYN HILTON, S. (1978): «El conflicto anglo-español sobre derechos de navegación en mares americanos, 1729-1750», *Revista de Indias*, 38:671-713.

- MAHAN, A. (2007): *Influencia del poder naval en la Historia*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- MARCHENA FERNÁNDEZ, J. (1977): «La primera Academia de Ingenieros en América», *Ejército. Revista de las armas y servicios*, 447.
- MARCHENA FERNÁNDEZ, J. (1982): *La institución militar en Cartagena de Indias, 1700-1810*, Sevilla, EEHA.
- MARCO DORTA, E. (1951): *Cartagena de Indias. La ciudad y sus monumentos*, Sevilla, EEHA.
- MARKS, K.M. (1999): *Like thunder and lightning. British force projection in the West Indies, 1739-1800*, Tesis, The Ohio State University.
- MARTÍNEZ VALVERDE, C. (1976): «La marinería en la defensa de Cartagena de Indias en 1741», *Revista de Historia Naval*, 191: 121-131.
- MEMBRILLO BECERRA, F.J. (2011): *La batalla de Cartagena de Indias*, Sevilla, Publidisa.
- NELSON, G.H. (1945): «Contraband Trade under the Asiento, 1730-1739», *The American Historical Review*, 51:55-67.
- OATES, J. (2006): «Sir Robert Walpole after his Fall from Power, 1742-1745», *History*, 91, 2: 218-230.
- OZANAM, D. (1982): «La diplomacia de los primeros borbones (1714-1759)» *Cuadernos de Investigación Histórica*, 6:169-194.
- OZANAM, D. (1985): «La política exterior en tiempos de Felipe V y Fernando VI», en R. MENÉNDEZ PIDAL (ed.), *Historia de España*, Madrid, Espasa Calpe, t. XXIX, vol. I.
- PARKER, G. (1990): *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Madrid, Crítica.
- PARRÓN, C. (1997): «Perú y la transición del comercio político al comercio libre, 1740-1748», *Anuario de Estudios Americanos*, LIV, 2:447-473.
- PECKHAM, M. (2015): *A true British Spirit: Admiral Vernon, Porto Bello, and British National Identity, 1730-1745*, University of Saskatchewan, Saskatoon.
- PÉREZ-PIQUERAS, A. (2015): *Blas de Lezo, sus cirujanos y el nacimiento de la cirugía española moderna*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense.
- RICHMOND, H.W. (1920): *The navy in the war of 1739-1748*, Cambridge, Cambridge University Press, Vol. I.
- RIVAS, I. (2008): *Mobilizing resources for war: the british and spanish intelligence systems during the war of Jenkins' Ear (1739-1744)*, Tesis, University College London.
- SCHOMBERG, I. (1802): *Naval Chronology, or a historical summary of naval and maritime events from the time of The Romans, to Treaty of Peace 1802*, London, Military Library, vol. IV.
- SEGOVIA, R. (1987): *Las fortificaciones de Cartagena de Indias: estrategia e historia*, Bogotá, El Áncora Editores.
- SERRANO ÁLVAREZ, J.M. (2004): *Fortificaciones y tropas. El gasto militar en Tierra Firme, 1700-1788*, Sevilla, CSIC.
- SERRANO ÁLVAREZ, J.M. ET AL. (2007): «¿Por qué cayó Cartagena en 1697?», *Cartagena de Indias en el siglo XVII*, Bogotá, Banco de la República.
- SILOS, J.M^a (2004): «La defensa de Cartagena de Indias», *Revista de Historia Naval*, 87: 45-61.

- SMITH, W.H. (1983): «Horace Walpole's Correspondence», *The Yale University Library Gazette*, 58, 1/2: 17-28.
- STRADING, R. (1990): «¿Leyenda invencible? La Herencia cultural del año 1588 y la historia de España e Inglaterra», *Contrastes*, 5-6: 7-20.
- TÁRREGA ARIAS, B. (1856): *Ensayo de un compendio de fortificación para uso de los oficiales de infantería*, Toledo, Imprenta Cea.
- TEMPERLEY, H.W.V. (1909): «The causes of the War of Jenkins' Ear, 1739», *Transaction of the Royal Historical Society*, 3: 197-236.
- TORRES, B. (1981): *La Armada de Barlovento*, Sevilla, EEHA.
- TORRES, A. (1955): *Homenaje a don Blas de Lezo. El último biógrafo del almirante Edward Vernon. Una versión inglesa del asalto a Cartagena de Indias*, Cartagena.
- ZAPATERO, J.M. (1969): *Las fortificaciones de Cartagena de Indias*, Madrid.
- ZAPATERO, J.M. (1979): *Historia de las fortificaciones de Cartagena de Indias*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- ZAPATERO, J.M. (1989): «Las "llaves" fortificadas de la América Hispana», *Militaria. Revista de Cultura Militar*, 1: 131-140.